

¡Alma mía, mira tú siempre a todas las golondri-  
nas que pasen; y la que tenga un lazo azul, la más  
bella, la más fina y la más esbelta, esa es la mía, me-  
jor dicho, la nuestra! Verás cómo ella también te re-  
conoce...

¡Le hablé yo tanto de ti en aquel momento involvi-  
dable en que palpitaba entre mis manos!

¡Qué no hubiera yo dado por poderme reducir, por  
haberme convertido en una cosa muy pequeña para  
abrazarme a sus alas y volar, y volar, a través de los  
mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza  
y darte en los labios toda mi pobre carne hecha be-  
sos, y toda mi alma transformada en ternura, en sua-  
vidades, en delicadezas!...

Ama a las golondrinas, siquiera en recuerdo de esta  
que te llevó lo más puro y santo de mi ser.

Abril, 1902.

## VII

Después de una semana de angustia espantosa, de  
incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta  
que derrama en mi alma la más inefable de las ale-  
grias...

Ayer te escribí una carta de negruras, de pe-  
sares...

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía  
helada que se me entró en el alma, deshaciéndose  
allí en una lluvia de lágrimas...

¡Qué tristeza da esta lluvia, este frío que se infiltra  
en los huesos, que parece llegar a nosotros con an-  
sias de muerte, extenuándonos, torturándonos, amor-  
tajando nuestra imaginación con no sé qué presenti-  
mientos de próximas descomposiciones!...



Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro...

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantasmas terribles nos amenazan en esta semiobscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos a lo inevitable, a una agonía lenta y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano...

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, renunciar a todo, entre aquellas dolorosas convulsiones que retorcián, destrozándoles, mi alma y mi cuerpo...

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme, de matizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida, pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo...

¡Amor mío, será divino ver la lluvia, estando a tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagará el rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo a escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora.

.....

Vuelvo a ti, ávida, loca, a abrazarme a tu recuerdo, a tu imagen, a tu fantasma. Yo no sé qué es esto que me acomete a veces... Es un delirio, un vértigo, un ansia inexplicable...

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma, a extenderse con su locura por todo el Universo, a subir, a elevarse al infinito, y, luego, inmensa, engrandecida, llegara a ti, a ser tu esclava, a morir a tus pies... a tus brazos, a tu boca...

Yo no sé si soy buena o si soy mala, si sé, si ignoro, si vivo, si muero... Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de ti y por ti...

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es ésta que siento palpitar en la mía, porque tu corazón es éste que oigo latir en mi pecho...

Octubre.



Te envió el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué? Me parece mezquino, indigno de tus manos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito, más claro, más brillante y más largo, que me hubiese servido de manto.

A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para apasionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del



cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí.

Sólo tengo mi alma, mi pobre alma, que se entrega a ti, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora muriéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de ti... Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis entrañas.

He soñado contigo esta noche... No sé qué... Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debió ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que cuando entró esta mañana a despertarme, yo sonreía... ¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban a mi alma, destrozándola... ¡Era como una pobre corza en un cubil de leones hambrientos!

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre... ¿Qué iba yo a hacer en la vida sin ti?

Sin ti, la existencia es tan insoportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin ti; sin tu cariño, sin tus caricias...

Ven, ven por mí... Ten valor... Vuela; atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí... Llévame contigo, donde tú estés, a la gloria, al infierno, donde sea, a sufrir contigo, a gozar, a ser dichosa siendo tu esclava, plegándome a ti, covirtiéndome en tu sombra, en el aire que respire, en algo tuyo...

Yo no quiero estar tan lejos de ti. No quiero estar, no puedo estar sin verte.

Yo haré por ti las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi alma... Viviré para ti, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho, infinitamen-



te. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho como a mí, que te transtorne, que te embriague y te enloquezca, como a mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo... No me mientas nunca... ¡Si tú me engañas, moriría de desesperación, troncharías mi vida!...

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mismo has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura!... ¡Sería una infamia inaudita!... Y mira, oye, esto que voy a decirte muy bajito. Aun así y todo, te adoraría, moriría sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándole, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto.

## IX

Hoy estoy mejor, mucho mejor.

Te envió una sonrisa, una caricia... ¡y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela, consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco a poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada. ¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciese, que desapareciese para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de mi vida?



¿Por qué morir? Es pronto aún. Yo retengo con ansia—quiero retenerlas—la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre...

Quiero conservarlas para ti.

¡Si vieras cómo luchó! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asestan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje e indomable, que sabrá unirse a tu alma, que la alentará, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha...

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba a hacer?

Llegaste otra vez a ser mi visión. Te veía de nuevo sin forma real, como una cosa soñada. Quería atraer a mi espíritu tu imagen y no podía. Se habla esfumado completamente. No te recordaba de carne. Sólo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome. Y al mirarte a mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturdido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé qué te he dicho, ni sé lo

que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció de esperarte. Y ansiando acercarme te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían a mis labios...

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aún no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías!...

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante ti, sonriendo, sonriendo. Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya, como todo lo que en mí hay digno de pertenerte. Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella infinita.

Todo cuanto tú sueñas, cuanto pida tu espíritu insaciable, todo te lo daré yo. Perdóname, perdóname. Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo... Y hay momentos en que me siento morir... ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo



suspensa, extraña a todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder... No puedo, no puedo... Esto es tan grande, tan grande, que ya no sabe salir fuera de mis labios, y me ahoga, me ahoga...

¡Ten piedad de mí!

Julio.

X

¿Qué hubieras tú hecho, al verme de improviso, penetrar en tu estancia, al sentirme abrazada a tu cuello, besándote, besándote en la boca, en los ojos, en la frente, en esa frente que yo ansío coronar con mis besos, con estos besos tenues, largos, de ensueño, que guardan mis labios avaramente para ella solo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte.

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé a tu frente un beso de vaguedad y de misterio, un beso de hermanos, y tú me



beses también lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy hondas, lo que jamás se dijeron porque las palabras son pobres y las miradas expresivas?

Yo sueño siempre, en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y a veces, suspendo mi labor o interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio.

XI

¡Qué crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes cómo me han puesto el alma... Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones... Sólo, sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, a pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo; ser tuya, en tu alma y en tus brazos...

Tú también, ¿por qué tú también has sido cruel conmigo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus palabras se han ceñido a mi corazón y lo están ahogando. Pa-



rece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

«Tú no eres; tú no eres... Me he equivocado. Creí hallar en ti a la mujer superior, a la Unica, y sólo he encontrado un poco de ternura... y nada más».

Tengo que decírtelo para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento al pensar en tu crueldad.

Mas perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para ti lo que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente.

Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas...

Perdóname.

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreirá feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero ahuyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo a tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome a mi alrededor. En estos muebles, en

estos cuadros, en el aire, en todo, respiro como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, por que tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¡Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis esquivaces! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa... Mas no me guardes rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad que no se acabará nunca. Estoy sola. Ya van a dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos...

¡Qué angustia y qué vacío sin ti!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto a hablar a nadie. ¡Si vieras anoche qué horas tan terribles, más desoladas!

Estábamos a oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos a hablar. El silencio hacía daño.

De pronto sonaron unas músicas en la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer mi cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició los cabellos y la frente, me acarició despacio, lentamente, comprendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma...



Y las músicas seguían a lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía...

«Amor non torna piu...

Septiembre.

XII

¿Por qué tú estás enfermo y yo lejos de ti?

¿Cómo habrás pasado esta noche que ha sido la más larga y angustiosa de mi vida?

¡Qué pena verte marchar tan enfermo y tan solo, a donde no hallarás más que manos mercenarias que te cuiden de mala gana!

¡Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar a ti, a tu lecho tan triste, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¡Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tomado entre mis brazos, como a un pobre niño enfermo, apretándote en ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño... Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos,



en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacito, muy despacito por tus mejillas, las mías...

Yo pienso siempre acariciarte así... Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz...

¡Oh, cómo desearía estar realmente entre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos!...

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndolas!... ¡Cómo deseo tus caricias! Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues, y tus caricias locas, salvajes, que me destrocen y me maten!

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte! Tú verás con qué amor y con qué orgullo se abren para tí, de par en par, toda mi alma y todo mi cuerpo!...

¡Tú no sabes el martirio mío<sup>o</sup> de todas las noches, sin llegar a decirte tanta cosa como sube a mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa... Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría todo al oído, o en tus brazos... sí, sí, en tus brazos, apretándome mucho a tus labios, a todo tu ser; y a veces también a tus ojos, sólo a tus ojos...

¡Qué tristeza, aún no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfade... Son bobadas, mimoserías... Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos como una niña consentida. Yo te castigaré a tí también a besitos... ¡Verás qué buena soy contigo y cómo disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú no sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón, que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para tí todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante. Todo.

Tolérame tú a mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan...

Soy la masa de cera entre tus manos... Tú puedes modelarme como desees.

Octubre.



XIII

Yo no sé... Pasaste junto a mi alma, como un sueño fugitivo... Y aún no sé si tu amor fué una realidad o una quimera.

Me parece mentira tanta dicha. Esto es enormemente maravilloso para una misera vida desesperanzada.

¡Qué pena tu ausencia!... Pero no podemos estar juntos. Sería plena y perfecta la felicidad, y nos está vedada.

Esto es horrible, sin embargo. Yo no vivo, no duermo; estoy realmente enferma; me estoy muriendo... Es una postración, un decaimiento de fuerzas que me tiene consumida.

No puedo vivir, ni aun sufrir sin ti...



Te quiero como eres, bueno o malo, pero siempre tú; el soñado. Tú eres mi dueño, mi rey, mi dios. Por ti comprendo todos los fanatismos y hasta todos los crímenes.

¡Qué felicidad ser tuya, ser amada por ti, vivir de tu misma vida en tu propia alma!...

Te adoro, te adoro... Se lo repito, enloquecida, a tus retratos, a tus cartas, a tu sombra que me persigue, que me busca siempre... ¡Y si vieras! De noche, cuando voy adormeciéndome con las cartas en la mano y tu retrato sobre mi corazón, creo que tu alma viene a mí y me acaricia y me besa muy suavemente; y me duermo sonriendo, con tu nombre en mis labios...

Y tú, ¿no sientes también, entre sueños, el roce de mi boca, que es tuya, que te dice adiós, cerrándote los ojos dulcemente? Yo pienso que no podré resistir la divina realidad de estas quimeras, que me matará tanta ventura, que sólo al volver a verte moriré...

¡Verte, verte, verte siempre a todas horas, no separarme jamás de tí!... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuándo? ¿Cuándo?

Noviembre.

## XIV

¿Eres un fantasma? ¿Este amor ha sido un bello sueño? Un sueño ¿nada más? Y tantas bellas palabras, tantas lágrimas, tantos besos, ¿no serán sólo ilusiones, notas dispersas de una música que oímos en sueños? ¿En dónde estás? ¿En dónde? ¿Has existido, existes aún?... No lo sé... No lo sé.

Mi vida sangra por todos sus poros... No hay sitio en mi cuerpo y en toda mi alma donde no se abra una herida... Adiós... Eres lo fatal, lo irremediable... Y te digo adiós, en la seguridad de que hoy mismo quizás, acaso mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, volveré a encontrarte, y a pesar de todo, volveré a ser tu esclava, algo más tuyo que el alfiler de tu corbata y la sortija de tus dedos.

Diciembre.